

NUEVAS CANDIDECES
 ALI LAMEDA,
 HISTORIADOR CULTURAL

Sólo la candidez puede ser garantía de la libertad

Germán Carrera Damas, El Nacional, 1.4.96.

por Luis Beltrán Guerrero (*)

En crónica del 12 de diciembre de 1995, conmovido por la muerte de mi querido amigo y paisano *Alí Lameda*, escribí sobre él conmovidas palabras. Alí, caroreño nacido en San Francisco en 1923, se había legítimamente ganado un nombre literario por *El Corazón de Venezuela*, suma poética; su *Galerón y Vidalita*, décimas de pampa y llanura; sus *Décimas al Vietnam heroico y mártir* (de las cuales reproduje algunas sobre Ho Chi Min en mis *Poetas Actuales de Venezuela*, traducción al yugoslavo (?); su soneto del *Viajero Enlutado*; por *El Juglar de las Tierras Moradas*; todo ese lirismo, tantas veces épico, iniciado con *Polvo en el Tiempo*, 1949, bajo el impulso de la Academia Mosquera Suárez de Barquisimeto, la ciudad de las cinco vocales, y el apoyo de Casta J. Rierá, crítico, articulista, fui su amigo entrañable y en las *Candideces* quedan varias huellas, constancia de nuestros mutuos, recíprocos afectos y admiración. Tildado como he sido de conservador, en un ambiente en el que ser de “derecha” era un delito, admiré sin embargo mucho, a más de Alí, al genial Alfredo Maneiro y a Alí Primera, libertario cantor del y para el pueblo. Chío Zubillaga nos había enseñado que el marxismo era una posibilidad de liberación y medio para llegar al humanismo.

Creo magníficas las traducciones que Lameda hizo de Valery Rimbaud, y poetas líricos de distinta factura, tesis y antítesis, exactitud y desarreglo, orden y desorden de los sentidos. Es cierto que trabajó en radioemisoras de Checoslovaquia y Corea del Norte, pero desde 1967 cayó preso por sus propios adláteres, acaso por no obedecer directivas de allá, y preferir las instrucciones de aquí, más liberales. En sus siete años de martirio, sin posibilidad de leer o escribir, fue un atormentado solitario que milagrosamente recobró sus normales sentidos. Nunca negó que su retardada libertad la debió a gestiones de los presidentes Caldera y C. A. Pérez.

Existe por ahí, escondida, una obra poética temperamental de Alí, plena de improprios y otra humanística, ambas con rima segura y rica, millardesca. Tanto a él como a mí nos censuraron la rima, pero ambos nos defendíamos con Jean Costeau: “¿La poesía moderna? La palabra moderna es absurda. Decir “Yo soy moderno” equivale a decir “Nosotros, caballeros de la Edad media”. No hay tal poesía moderna. Hay la poesía que es de siempre, como la electricidad, que, como ella, obra sobre las masas por fuera del arte, y hay personas que le fabrican pequeños vehículos. Son los artistas”. La poesía es una sola, varia, distinta, venga de arriba o de abajo. La poesía popular es, tantas veces,

(*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia (fallecido). Sillón Letra “G”.

obra maestra, a veces anónima, obra de todos, como lo quería José Martí. Poesía soberana, como de la naturaleza o pueblo de donde emana.

EL DICCIONARIO LITERARIO de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países, obra de González Porto-Bompiani, editada en castellano por Montanes y Simón, S.A., Barcelona, 1959, dedica su primer tomo a movimientos artístico-literarios (ascética y mística, barroco, caballería, clasicismo, conceptismo, cubismo, culteranismo, dadaísmo, decadentismo, epicureísmo, escolástica, espiritualismo, empirismo, escepticismo, existencialismo, impresionismo, pelagianismo, etc.) y entre los Directores de las colaboraciones hispanoamericanas, aparece, por Venezuela, Mariano Picón Salas, profesor de la Universidad Central de Caracas. Pero es el caso que M.P.S. dio la alternativa a Alí Lamedá, firmante de la mayor parte de las notas sobre historia y letras patrias, informadoras internacionalmente de nuestros haberes intelectuales. Si ciertamente A.L. *El Cara y el Barcero*, en sección de El Nacional, dio a conocer sus puntos de vista sobre nuestras letras, ahora aparece como reseñador, con vistas universales, de nuestra historia literaria. Algo pasó en Roma, acaso ocupaciones de Picón Salas, que le indujeron por la alternativa, pasar la responsabilidad de dichas notas a Lamedá, con contadísimas excepciones, que señalaremos en su oportunidad. Dichas notas fueron escritas mucho antes de la prisión en Corea, pues el DICCIONARIO aparece en 1959.

No aparece Cecilio Acosta. El primer autor venezolano comentado es Rafael María Baralt, por su *Resumen de la historia antigua y moderna*, tomo IX, 153. Para Lamedá, “Baralt es el escritor de mayores y más firmas raigambres clásicas. Poco en las repúblicas continentales ni en España, han escrito un español tan pulcro y tan fiel a las normas académicas del idioma. Su *Diccionario de Galicismos* y su *Resumen de la Historia Antigua y Moderna de Venezuela*, son dos modelos de impecable pureza que demuestran de un modo absoluto las grandes capacidades lingüísticas y el asombroso talento del fecundo erudito venezolano. Elaborado y escrito por los años de 1838 y 1840, este *Resumen Histórico* de Rafael María Baralt —el primer ensayo de su género que se escribiera en Venezuela— es ya una obra básica en la formación de la cultura venezolana. Los méritos del libro, desde luego, abarcan por igual las excelencias de estilo y forma en que fuera escrito, una sobria imparcialidad y un indiscutible sentido crítico de casi todos sus análisis, muchos de los cuales han conservado plenamente su justeza hasta nuestros días. Historiador de una época en que todavía los sucesos descritos estaban demasiado frescos para una interpretación desapasionada. Baralt, sin embargo, logró elevarse por encima de todos los escollos hasta ofrecernos una obra que —dadas su espléndida prosa y la hondura de sus interpretaciones históricas referentes a la Venezuela de su tiempo— lo convierte en uno de los pensadores más excepcionales del mundo de habla española”.

En el tomo III se comentan las *CARTAS de Bolívar*, ilustradas por su retrato. Pero quien firma la nota es M. Hildebrant. En el tomo VII, M. Bofantini comenta la *Mirada a América* de Bolívar. Su concepto es que “con influencias preponderantes de la ilustración, “teniendo presente la obra napoleónica, Bolívar había querido elaborar una democracia orgánica, jerárquica y técnica que realizase la difícil síntesis de las mejores corrientes de la democracia individualista y el monarquismo revolucionario”. Las constituciones chilena (1833) y argentina (1853) le son deudoras, aparte de influir en Alberdi, Herrera, Núñez y Caro.

La firma de A. Lamedada volvemos a encontrarle en el Tomo III, p. 689, en donde se refiere a los *Cuentos de Color*, de Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927). “El más fino prosista de la llamada generación modernista. Sus novelas y cuentos sufrieron por la preocupación artística del estilo y el gusto de pintar personajes neuróticos y excepcionales, la influencia de los maestros del decadentismo europeo como Gabriel D’Anunzio. El paisaje venezolano y el esmerado análisis psicológico de los personajes, más que la acción, que es un poco lenta, caracteriza sus narraciones, entre las cuales el libro llamado *Cuentos de Color* es uno de los más afamados. Con la preocupación colorista que puso de moda el impresionismo y el simbolismo europeo, en este libro cada uno de los cuentos lleva el nombre de un color: cuento blanco, cuento negro, cuento azul, etc. Menos popular que sus novelas *Sangre Patricia*, *Idolos Rotos* y *Peregrina o el Pozo Encantado*, y que sus libros de viajes como *De mis romerías o Sensaciones de viaje*, los *Cuentos de Color*, es una de las obras más trabajadas del gran prosista. Como en sus novelas prefiere en estos cuentos al realismo literario, el análisis de seres atormentados, o míticos, de gran complejidad psicológica”.

En el tomo IX, p. 433, el compatriota Alí Lamedada informa sobre la novela de Díaz Rodríguez *Sangre Patricia*. Dice: “Escrito con verdadera pasión de orfebre, este libro abunda en no pocas bellezas idiomáticas, pero en cuanto al fondo humano se refiere, sus alcances son bien limitados. El mundo que nos describe en esas páginas de suma elegancia lírica, por el exotismo que las envuelve, muy pocas veces logra conmover a los lectores de este tiempo. Sus personajes, y especialmente Tulio Arcos, figura central de la obra, siguen siendo los mismos espíritus desgarrados por la neurosis y el desaliento que Díaz Rodríguez ha tratado siempre de animar en un vano empeño de revivir una época definitivamente superada. Puede afirmarse que tales figuras encontrarían sitio más conveniente en un escenario del siglo XVIII y no en el moderno ambiente en que los pone a actuar Díaz Rodríguez. Por este motivo, pese al fascinante brillo de su prosa magnífica, pese a todas las excelencias de estilo que abundan en estas páginas, *Sangre Patricia*, el libro más perfecto de Díaz Rodríguez, y el que mayor fama le diera como estilista insuperable, se admira hoy más como un delicado producto del virtuosismo idiomático de su autor, que como una de esas modernas novelas que, al estilo de *Doña Bárbara*, *Los de Abajo*, *Las Lanzas Coloradas*, etc., describen de un modo tan patético el paisaje, las costumbres y la realidad toda de los países sudamericanos”.

En el tomo V, pág. 463, Alí Lamedada trata el libro de Ramón Díaz Sánchez, *Guzmán elipse de una voluntad de poder*. Enjuicia así: “Como cuentista y novelista este escritor venezolano cuenta entre los mejores de su país. Sus novelas “Mene” y “Cumboto” le han dado amplia fama en numerosos países de habla española. Aparte de sus relatos de ficción, Díaz Sánchez ha realizado también una notable obra de investigación histórica. Producto de estos esfuerzos es su biografía sobre Antonio Leocadio Guzmán, célebre político venezolano adoptado en la infancia por Simón Bolívar y que, al frente del Partido Liberal, tuvo una actuación decisiva en la política de Venezuela en el siglo XIX. Por su dimensión general y los muchos asuntos que trata, la obra de Díaz Sánchez es igualmente la descripción sagaz y minuciosa de los años turbulentos que vivió Venezuela poco después de la muerte de Bolívar en 1830, y que culminarían más tarde en esa guerra desastrosa y sangrienta que se conoce en Venezuela con el nombre de “*La Federación*”.

Ampliamente documentado en todos los órdenes de su biografía, y expresándose en su estilo de noble y armonioso colorido, D. Sánchez supo acertar en el enfoque de esta gran obra, a través de cuyas páginas surge en sus más complejos y sorprendentes relieves la personalidad de un hombre –Antonio Leocadio Guzmán– que por sus vicios y virtudes, con sus vacilaciones y audacias, con sus errores y sus aciertos, es considerado como una de las figuras más importantes de la historia venezolana de todos los tiempos.

En el tomo II, p. 791, aparece un juicio sobre la *Canaima* de Gallegos, sólo firmado por un asterisco. Allí se afirma que su construcción es bastante floja, estilo impropicio para los refinamientos psicológicos, suerte de epopeya con las aventuras de Marcos Vargas, pretexto para pintar una comunidad de blancos desbordados en contraste con los indios sumidos en el sopor, pacíficos, ambos bajo el sortilegio de la selva.

En el mismo tomo II, pp. 858-59, aparece el juicio de *Lameda* sobre *Cantaclaro*, en donde éste afirma que si Doña Bárbara dio a conocer a Gallegos como escritor inspirado en aliento narrativo. “*Cantaclaro* fue la reafirmación consagratoria de un maestro en pleno dominio de su gran técnica noveladora. La llanura, que al igual que en *Doña Bárbara*, es el escenario alucinante de todo el libro, surge aquí en su dramática vastedad, ofreciéndonos un conjunto de personajes que sorprende por sus múltiples y desconcertantes matices. Aparte del propio *Cantaclaro*, figura básica de la obra, suerte de coplero errabundo en eterno peregrinaje de aventuras por las trochas y los espejismos del llano, vemos aquí otros personajes admirablemente descritos, como Juan Crisóstomo Payara, con su admirable sentido de la justicia y la honradez; el negro Juan Parao, animado siempre por su romántico sueño de liberar a Venezuela al galope de la montonera sorpresiva, y entre otros aún, esa compleja figura de Juan el Veguero, campesino de fondo apacible, que, de súbito, cuando la codicia de los hombres los despoja de su mísero conuco y ve morir de hambre a su mujer y sus hijos, se transforma en un torrente demoníaco, capaz de destruirlo todo en un momento. Todos estos espíritus de tremenda rudeza, salvajes y nobles, bondadosos y malos, se juntan en la obra de Gallegos como en especie de torbellino que va de un lado a otro, en la sabana luminosa y ardiente, con sus ambiciones y sus tragedias, hasta perderse finalmente, arrebatados por un destino que les ha sido imposible vencer. Pocas, muy pocas obras están en condiciones de brindar los estupendos logros de *Cantaclaro*, novela que, como ya lo dijimos, reveló y confirmó en una forma mucho más superada, la grandeza del arte narrativo de Rómulo Gallegos. Gran obra de la madurez del maestro, aparecida a continuación de *Doña Bárbara*, esta novela es un modelo de perfección, no sólo por la excelencia de su lenguaje, a la vez tan pulcro y tan plástico, sino por la hondura psicológica y el poderoso aliento humano en que se describen las costumbres, los sucesos y los típicos personajes que llenan el vasto cuadro de la misma, haciéndonos palpar, en la forma más elocuente, el desarrollo de una acción que se mantiene viva y tensa, a través de todas sus páginas”.

La *Historia Constitucional de Venezuela*, de José Gil Fortoul es estudiada, en síntesis, por el propio Mariano Picón Salas en el tomo V, p. 622. Dice M.P.S.: “Esta es una de las obras más estimables de la historiografía venezolana, sobre todo por la elegancia del estilo, fluidez en la narración y agudeza sociológica con que está escrita. Su autor fue uno de los pensadores venezolanos más destacados de su generación, y su larga experiencia política –fue parlamentario, diplomático, negociador por Venezuela ante tribunales in-

ternacionales en que se fallaron diversas querellas de la nación venezolana con otras por asuntos limítrofes— se refleja en la visión directa de los hechos y el conocimiento objetivo de los temas que trata. Influida por el positivismo, la obra significó una reacción contra las corrientes románticas que prevalecieron en la historiografía venezolana del siglo XIX. El designio del autor no fue tan sólo estudiar el proceso institucional del país, sino establecer, al mismo tiempo, las constantes sociológicas de la vida venezolana. Su fineza intelectual y la fina penetración con que analiza la psicología de las grandes personalidades históricas, lo libra de las exageraciones y esquemas sedicentemente científicos en que cayeron otros escritores del Positivismo. Aún más, en la segunda edición muy revisada de la obra —1929— a la luz de nuevas corrientes historicistas, Gil Fortoul rectifica algunos de sus primeros juicios. Hay en toda la *Historia* una cordial actitud de comprensión que se proyecta hasta los grupos y personas de cuya ideología no participa, como la llamada oligarquía conservadora que dirige el Estado en el período 1830-47. Aunque historiadores posteriores de Venezuela la han mirado con otros métodos y el aparte de nuevas investigaciones el proceso histórico del país, el libro de Gil Fortoul aún conserva su admirable valor de síntesis, y por su arte narrativo y sagacidad de interpretación prevalece como una de las obras más importantes de la literatura historiográfica venezolana”.

En el tomo II, p. 639, *A. Lameda* nos habla de la *Biografía de José Félix Ribas*, por Juan Vicente González (1810-1866). Juzga: “Se ha dicho que es a ratos una gran novela romántica, y a ratos una penetrante interpretación histórica. En efecto, el libro de González se nos aparece hoy como un singular documento que describe, en vigorosos y ampulosos trazos del más puro romanticismo, la figura del heroico revolucionario José Félix Ribas, patricio venezolano ejecutado en 1815, y muchos de los más importantes sucesos de ese período sangriento que en Venezuela se conoce con el nombre de la Guerra a Muerte. La obra de González —una de las pocas que el apasionado escritor llegara a concluir— tiene una especial importancia para la literatura y la historia de Venezuela; pudiendo contemplarse actualmente como un abigarrado fresco de llameantes coloridos, en el cual el autor quiso dejar un testimonio expresivo de una época desgarrada por las más hondas convulsiones económicas y políticas. Típico producto del romanticismo franco-español que tanta influencia ejerciera en los países sudamericanos, y a cuyos desfuegos melodramáticos se mostró siempre sensible Juan Vicente González, hay en este libro suyo mucho del polemista encendido, y como por contraste, mucho del historiador que sorprendentemente se adelanta a su época con algún hallazgo valioso. Mucho también del artista genuino y del creador de bellezas poéticas. Siendo Juan Vicente González —como ya se sabe— un escritor político del más acendrado fanatismo ideológico, su ensayo sobre Ribas no podía ser obra de equilibrio armonioso y meditada contemplación. Y ciertamente no lo es. De aquí que su estructura aparezca tan desigual. De aquí que el libro de González reúna en el tumulto de sus párrafos compulsivos, tanto de historia, como de fogosa epopeya, y en ocasiones tenga más del panfleto y la arenga que del análisis metodizado y sereno, que trata de explicar los hechos a través de un justo razonamiento doctrinario. Pero a pesar de estos excesos, muy explicables en un escritor de sus afinidades, la *Biografía de José Félix Ribas*, por el soplo dramático que muchas veces alcanza, por la sinceridad y la profunda resonancia épica que vibra en casi todas sus páginas, nos revela en todo instante a uno de los más dotados y audaces prosadores de su tiempo, cuyo aporte a la cultura americana se reconoce ahora ampliamente.

A. *Lameda*, en el tomo V, p. 665, suscribe la siguiente reseña: HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACION DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA. Obra de José Oviedo y Baños (1671-1738) que constituye uno de los libros sorprendentes y valiosos escritos durante la época colonial en América. Su autor, hijo de acaudalada familia española, nació en Bogotá, pero a los catorce años vino a radicarse definitivamente en Venezuela, en cuya capital falleció a los 67 años. En tan largo tiempo de vida pudo Oviedo y Baños estudiar detenidamente muchos aspectos geográficos y particularidades históricas de la vieja provincia venezolana, lo que le permitió llevar a cabo con éxito su magnífica obra. Más de dos siglos en la existencia del país que habitara desfilan por las espléndidas páginas de su libro, brindándonos así un admirable testimonio sobre la Venezuela de ese entonces. Lo que admira sobre todo en la *Historia* de Oviedo y Baños es, al par que la cultura de su autor –muy excepcional para la época en que vivió– la exactitud y la nobleza de su exposición. Careciendo de modelos en el género, Oviedo y Baños se dio a la tarea de escribir su notable relato, en condiciones que para nada favorecían ese proyecto. Pese a tales obstáculos, pudo lograr al fin, una obra que por los muchos méritos que la acompañan, ha sobrevivido a los siglos, pudiendo afirmarse ahora con toda justicia que su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, es el primer documento histórico-literario de la cultura venezolana.

Como hemos dicho antes, Mariano Picón Salas es el designado como Director de las colaboraciones hispanoamericanas, junto a sus colegas de igual talla de entonces, a saber: Guillermo de Torre, por Argentina; Gustavo Adolfo Otero, por Bolivia; Max Henríque Ureña, por Centroamérica; José M. Rivas Sacconi, por Colombia; José María Chacón y Calvo, por Cuba; Ricardo Donoso Novoa, por Chile; Benjamín Carrión, por Ecuador; Agustín Millares Carlo, por Méjico; R. Porrás Berrenechea, por Perú; y José Pereira Rodríguez por Uruguay. Presentado el caso de hacer la reseña del libro de M.P.S., *De la Conquista a la Independencia*, quien firma la reseña es F. Giner de los Ríos. Héla aquí: “El autor ha sabido contarnos en capítulos breves, poblados de hallazgos e ideas, la historia de tres siglos de la dominación española en América. El investigador de la cultura hispanoamericana tiene en esta obra, una especie de guía, de temario y programa de trabajo para la exploración de la historia de América. Estudia primero lo que él llama “El Legado Indígena” deidades, monumentos arquitectónicos y poéticos, mitología del indio americano, que sirve para fijar las señales e influencias en la historia de una influencia milenaria que nada ni nadie ha podido borrar. Examina después el fenómeno de la Conquista a través de las dos tesis históricas contrapuestas, de los complejos sociales de la época que la presencié y de una posible psicología de la empresa española en que el espíritu y la aventura supieron conjugarse generosamente. Caracteriza después los siglos XVI y XVII, el tránsito de lo europeo a lo mestizo, la pedagogía de la evangelización, la historiografía de los misioneros y las utopías sociales como índice de las inquietudes de un mundo nuevo. Fenómeno como el de la decadencia española en la historia indiana y el espíritu de contrarreforma trasladados a América, merecen la más extensa consideración. La parte central del libro la ocupan los capítulos dedicados al estudio del barroco hispanoamericano en toda su complejidad y contradicción. En las páginas dedicadas al siglo XVIII merecen dilatado análisis los problemas del humanismo jesuitico del siglo XVIII, las vísperas de la revolución y el enciclopedismo criollo. Lo verdaderamente magnífico de este libro de Picón Salas es que en él todos los hilos históricos se juntan y

descubrimos el sentido de la historia cultural del Continente. Es mérito sobresaliente de la obra su gran esfuerzo de síntesis aclaradora, ya que campea por encima de la seca erudición una cultura fresca y jugosa, enamorada de sus temas.

Es la historia de un período suficientemente grande y lleno de significación como para alcanzar vida propia por sí sola, ya que desde los orígenes tenemos también una explicación de nuestros días.

R.L.F. Durand en el tomo X, pp. 742-43, comenta así la VUELTA A LA PATRIA, de Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892): "El tema del destierro cobró en la poesía venezolana de la época romántica gran importancia, debido muchas veces a las circunstancias políticas por las que atravesaba el país. Fuera voluntario o forzoso el exilio, cuya resonancia sentimental formaba parte, desde el Poema del Cid, del patrimonio de la poesía castellana, y que baña en melancólica luz ciertas poesías de Andrés Bello, engendró una serie bastante copiosa de composiciones poéticas. Entre ellas hay una obra maestra, *La Vuelta a la Patria*, de Pérez Bonalde, poema doloroso, ante cuyos acentos vibran siempre nuestras almas, del retorno del desterrado a su país, en el cual le espera, desgraciadamente, en el cementerio, la tumba de la madre muerta. *La Vuelta a la Patria*, es así, a la vez, el poema del amor patrio y del amor filial, nutridos y fortalecidos en la ausencia, avivados en el retorno, a playas familiares, profundamente cimentadas por el dolor. El poema fue escrito en el mar, mientras el barco que transportaba a Pérez Bonalde navegaba no hacia La Guaira, como podrían hacérselo creer algunas de sus referencias, sino a Puerto Cabello, donde le acogieron parientes y amigos, ante los cuales leyó su composición; poema del destierro y de la patria vista aún con los ojos del alma y del recuerdo. Los versos de *La Vuelta a la Patria*, son de los que, una vez leídos, no se olvidan, y siguen, raro privilegio, cantando en la memoria. Ello es debido a su calidad emotiva, a la sinceridad y a la profundidad del sentimiento expresado, al contenido tan humano que encierra. Se debe también al don lírico y a la plasticidad de una expresión densa y matizada, cuyo ritmo externo se amolda maravillosamente al de la emoción.

En el tomo VII, pp. 591-982, A. Lameda vuelve por sus fueros y redacta esta nota: OBRAS COMPLETAS de Rodríguez, Maestro de Simón Bolívar. Simón Rodríguez (1771-1854) es sin duda el pensador venezolano más original de su tiempo. Fue el primero que quiso aplicar en Sudamérica audaces métodos educativos que empezaban a utilizarse a comienzos del siglo XIX en Europa, y por todos los medios trató de imponer en las atrasadas provincias de Bolivia y Colombia las novedosas y revolucionarias teorías sobre la educación de la infancia. Nutrido en las ideas de los grandes filósofos franceses del siglo XVIII, Simón Rodríguez fue un espíritu inconforme y radical. Escribió mucho sobre diversos temas culturales. Pero, a excepción de su pequeño libro *Defensa del Libertador del Mediodía de América*, casi toda su obra se ha perdido. En el citado libro, que se imprimió por primera vez en 1826, hace una defensa vigorosa de la figura de Bolívar, y de su actuación en la guerra de Independencia, exponiendo al mismo tiempo muchas de sus propias ideas sobre la cultura y el destino de los pueblos hispanoamericanos. Aunque esta obra es muy desigual, y por la premura que fue escrita y el temperamento mismo del autor, no guarda mucha unidad, resaltan en ella admirables y audaces pensamientos que hacen de la misma uno de los estudios más interesantes de la cultura americana del siglo pasado.

A. Lamedá escribe la última reseña de obras venezolanas. Se trata de: LANZAS COLORADAS (Las). Novela del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri (1906), que es una de las personalidades venezolanas más vigorosas y capaces dentro de la generación de jóvenes cuentistas y novelistas que surgió en Venezuela después de 1918. A su gran sensibilidad une una vastísima cultura que ha sabido utilizar en sus numerosos cuentos, en sus ensayos de diversa índole, y sobre todo en la obra que hasta la fecha le ha dado una mayor consagración: su gran novela *Las Lanzas Coloradas*. Aparecida en 1931, esta obra constituyó desde el primer instante una verdadera revelación en el campo de la novelística venezolana. El autor, con un estilo de brillante y novedosa concisión, y al mismo tiempo con un dominio absoluto del relato, ofrecía en su libro un animado y subyugante cuadro, surgido de las hogueras mismas de la terrible guerra de Independencia. Y sin duda alguna, que la ejecución de dicho relato, la viveza de sus diálogos y la penetración psicológica del autor para describir sus típicos personajes, contribuyó al rápido y notable éxito de la novela”.

* * *

Mi tarea en esta ocasión ha sido muy humilde. Simplemente he tratado de señalar las aportaciones de Alí Lamedá al conocimiento de los valores culturales de Venezuela por medio del famoso DICCIONARIO LITERARIO González Porto-Bompiani. De publicarse una nueva edición de dicho DICCIONARIO, habría que añadir muchos nombres, como los de Ramos Sucre, Meneses, Teresa de la Parra, Otero Silva, Paz Castillo; Gerbasi, Enrique Bernardo Núñez, Briceño Iragorry, Pocaterra, Salvador Garmendia, Pedro Grases, Antonia Palacios, Isaac J. Pardo, Vallenilla Lanz, Juan Liscano, Parra Pérez, González León, Blanco Fombona, Medina, Cadenas, Palomares, Andrés Eloy Blanco, Arvelo Torrealba, Venegas, Pastori, Salcedo, Morón, Manuel Caballero, etc. etc. etc.

José León Tapia ha escrito sobre *Alí Lamedá (El Nacional, 23-12-95)* recuerdos muy sentidos. “Lo encontró recién salido de la cárcel, enflaquecido y titubeante, desorientado en espacio y tiempo. Un Alí Lamedá de poesías perdidas, sólo guardadas en su memoria, porque durante sus años de prisión jamás tuvo papel y lápiz para plasmar, por lo menos, su pena de poeta... Poco después comenzó su etapa de diplomático, pero con un espíritu depresivo, alejado de la realidad nacional, luego de tanto tiempo ausente. Treinta años, es una inmensa laguna sin recuerdos... Hasta que terminó de morir en Caracas, en una residencia de ancianos... Alí Lamedá, un personaje que espera la novela de su atormentada existencia”.

Creo, sí, que estas anotaciones serán útiles a los jóvenes que ahora se acercan a las letras, porque le señalarán caminos bibliográficos fundamentales que recorrer. De los olvidados errantes, no me aulpéis, así de cándidos son los autores.

Caracas, marzo de 1997